

DUFOUR, Gèrard. *Goya durante la Guerra de la Independencia*. Madrid: Cátedra, 2008, p. 293.

El hispanista francés Gèrard Dufour es uno de los estudiosos que mejor conoce la historia de las ideas y los comportamientos de un periodo crítico de la historia de España, como es el final del Antiguo Régimen. Sus estudios sobre *Juan Antonio Llorente en Francia* (1982), *Les Espagnoles et Napoléon* (1983) *El clero afrancesado* (1986 y 1987), *La Guerra de la Independencia* (1989), *El anticlericalismo de Gallardo* (2004), etc., juntos con las mesas redondas y congresos que ha organizado en la Universidad de Provenza sobre temas de este periodo, le han convertido en un referente obligado para los que se ocupan de este periodo de la historia de España.

Ahora nos sorprende con esta interesante obra sobre *Goya durante la Guerra de la Independencia*. Pues, aunque parezca extraño, son muy pocos los datos que conocíamos de la vida de Goya durante la ocupación francesa, y éstos contradictorios, por lo que resultaba imposible determinar su actitud política durante la contienda, que es uno de los puntos que aclara el autor. ¿Fue afrancesado o patriota? ¿Liberal y partidario entusiasta de la Constitución de Cádiz? Es decir, el profesor Dufour se propone desvelar la vida de Goya durante esos años para acercarnos a una interpretación más precisa de las obras que realizó y, además, aproximarnos a la comprensión de los grandes olvidados de la Guerra de la Independencia, los muchos españoles que permanecieron en sus casas durante la contienda y fueron testigos de los enfrentamientos y del sufrimiento.

Para llevar a cabo este ambicioso proyecto ha revisado y verificado todos los datos publicados sobre el tema en la extensa bibliografía existente, ha analizado la prensa, las memorias y diarios de los actores y testigos coetáneos, tanto españoles, como

franceses, ingleses o polacos, y por último, ha consultado los fondos archivísticos españoles y franceses, e incluso la correspondencia privada de José I que se conserva en la Biblioteca del Instituto de Francia. Con estos aportes documentales y bibliográficos el profesor Dufour nos sumerge en una especie de viaje a través de la historia para revivir en compañía de Goya los años de la ocupación francesa.

La caída de Godoy y la abdicación de Carlos IV en marzo de 1808 pusieron a Goya en una situación delicada, pues por su cargo de pintor de cámara había tenido que hacer varios retratos a Godoy. Sin embargo, el recelo se disipó muy pronto, porque la Academia de Bellas Artes le encargó el retrato de Fernando VII. Los acontecimientos del Dos de Mayo le ofrecieron tema para el impresionante díptico que pintaría después sobre «El Dos de Mayo y los fusilamientos de la montaña de Príncipe Pío». Pintura de gran realismo, en la que Goya trató de presentar una reconstrucción fidedigna de la escena de los fusilamientos, aunque para ello no fue necesario que lo viera personalmente, como afirman algunos autores y desmiente el profesor Dufour.

Las renunciadas de Carlos IV y Fernando VII a la monarquía española, así como la proclamación de José Bonaparte como nuevo rey, sumió a Goya, al igual que a otros muchos españoles, en un mar de dudas y perplejidades, sin que sepamos si pudo en él más la curiosidad o la indiferencia ante el intruso, que poco después tuvo que abandonar Madrid como consecuencia de la batalla de Bailén. Goya contempló la entrada del ejército español, quedó impresionado con los lanceros de Jerez y pintó a uno de ellos, terminó el retrato de Fernando VII que le había encargado la Academia y manifestó su patriotismo. Viajó a Zaragoza, invitado por Palafox e hizo dos bocetos de las ruinas de la ciudad.

El entusiasmo desatado por la batalla de Bailén se tornó en temor con la entrada

de Napoleón en España a frente de un gran ejército, que pronto entró en Madrid e impuso la obediencia al rey José. Goya, como la mayoría de los madrileños, no tuvo más remedio que jurar fidelidad al nuevo rey, aunque parece que lo hizo de palabra, no de corazón, y así trató de demostrarlo en el proceso de purificación que sufrió en 1814. Y efectivamente, en los primeros momentos de la ocupación Goya mantuvo una resistencia pasiva, renunciando al cargo de pintor de cámara y no solicitando el retiro con la pensión correspondiente. Pero el afianzamiento del poder del rey José y las reformas que decretó en la segunda mitad de 1809 daban una sensación de estabilidad política y Goya volvió a ser solicitado, ahora por los afrancesados, para que les hizo algunos retratos. Si estos retratos eran encargos privados, no sucede lo mismo con el cuadro que aceptó pintar para el Ayuntamiento de Madrid, conocido con el título de «Alegoría de la Villa de Madrid», pues aunque su realización no pruebe que Goya se había convertido en un colaborador del nuevo régimen, al menos muestra una imprudencia que le pudo costar cara.

De todas formas, parece claro que desde finales de 1809 Goya abandonó su resistencia pasiva y colaboró activamente con el nuevo régimen, como habían hecho la mayor parte de sus amigos. Formó parte de la comisión encargada de seleccionar los cuadros de pintores españoles para la galería pública que se pretendía crear, participó en la selección de los cincuenta cuadros de maestros españoles que José I tuvo que ofrecer a su hermano Napoleón y recibió la distinción de caballero de la Orden Real de España. Pero, por otra parte, *Los desastres de la guerra* que por entonces pintó, «para dibujar los trágicos acontecimientos que vivían los españoles y mostrar el heroísmo de un pueblo y las horribles consecuencias de la guerra», hacen pensar que a la altura de 1810 Goya

todavía seguía esperando otro Bailén que liberase al país de los opresores.

Mientras tanto, la Regencia había declarado culpables de alta traición a los afrancesados más notorios, pero Goya no estaba entre ellos. Por eso, cuando en agosto de 1812 entraron las tropas aliadas en Madrid no tuvo que temer por su vida y hacienda. Sin embargo, cuando el general Carlos de España entró en el Ayuntamiento se molestó al ver el retrato del rey José en el cuadro de la «Alegoría de Madrid», pintado por Goya, y ordenó sustituirlo por la palabra Constitución, que poco después realizó un discípulo suyo. Proclamada la Constitución, Goya pudo respirar más tranquilo y la Academia le encargó un retrato del vencedor de Arapiles, el duque de Wellington, que había entrado triunfante en Madrid. Además, las nuevas autoridades le seguían considerando como el pintor de cámara de su majestad Fernando VII.

A finales de octubre de 1812 el ejército francés entró de nuevo en Madrid y con él la corte, pero no tomaron ninguna represalia contra los madrileños que habían colaborado con los patriotas, como era el caso de Goya, e incluso hubo que esperar medio año para le ordenasen que borrarse la palabra Constitución de la «Alegoría de Madrid» y restableciera el retrato de José I.

Por fin, a finales de mayo de 1813 el ejército francés y los afrancesados más comprometidos abandonaron la capital y, con la huida del rey José, el Ayuntamiento ordenó a Goya que borrarse de nuevo su retrato de la «Alegoría» y pusiese la palabra Constitución, lo que hizo un discípulo suyo. Restablecida la Constitución, Goya prefirió pasar desapercibido ante las nuevas autoridades, pues eran muchas las voces que clamaban contra los infidentes y reclamaban el castigo de los afrancesados.

Ante las amenazas que se cernían sobre su cabeza, Goya solicitó la protección del Cardenal Borbón y le hizo partícipe de su deseo de representar pictóricamente «las heroicas acciones de la gloriosa insurrección

contra el tirano de Europa», anticipándose así a la decisión de las Cortes de honrar la memoria de los que habían sacrificado su vida el Dos de Mayo. El Cardenal, regente de España y máxima autoridad constitucional, no tardó en conceder a Goya lo que solicitaba, asignándole un salario mensual, «con lo cual le purificaba de hecho y casi de derecho de toda colaboración con el intruso, reintegrándole además a la clase de empleados de la nación». Goya debió quedarse más tranquilo, aunque no del todo, porque la comisión de las Cortes encargada de analizar el caso de los que habían colaborado con el intruso, recibido dignidades o desempeñado comisiones todavía no se había pronunciado.

A principios de 1814 Goya, como otros muchos, estaba expectante ante la vuelta de Fernando VII, aunque no tardó en percatarse de que no era el retratista predilecto del soberano, que encargó a Vicente López un retrato a caballo para celebrar su vuelta al trono. Además, el restablecimiento de la Inquisición le puso más nervioso, porque le convocó a una audiencia para declarar sobre las «pinturas obscenas» que habían pertenecido a Godoy, y que no eran otras que las famosas majas que él había pintado. Por otra parte, tuvo que afrontar el proceso de purificación, negando todo compromiso con el intruso y resaltando los grandes sacrificios económicos que había tenido que hacer para no servirle, insistiendo en que, aunque había sido nombrado caballero de la Orden de España, nunca se había «puesto la insignia de caballero de la llamada Orden Real de España con que le comprometió dicho gobierno por el renombre que en la pintura debe a sus estudios». Los tres testigos presentados por Goya declararon a su favor, pero el juez no acababa de cerrar la causa. Ante esto, Goya buscó el apoyo del clero y gracias a la declaración del párroco de San Martín y de la diputación plena del barrio de San Basilio fue eximido de toda sospecha de afrancesamiento el 14 de abril de 1815.

El libro del profesor Dufour me parece una obra definitiva sobre la vida de Goya durante la ocupación francesa, por la exhaustiva investigación que ha realizado sobre las fuentes documentales y bibliográficas. Podrán aportarse nuevos detalles, pero el conjunto del estudio es magnífico y el autor lo ha encuadrado de una forma armónica en el contexto histórico, lo hace que la obra rebase con creces la vida de Goya durante la contienda y se convierta en un precioso estudio sobre la vida de los miles de madrileños anónimos que tuvieron que sufrir la ocupación francesa. Si a esto se añade que está muy bien escrito y se lee con facilidad, casi diría con pasión, sólo me resta felicitar a su autor y pedirle que continúe enseñándonos historia y deleitándonos con su lectura.

Maximiliano Barrio Gozalo